

Nido de nobles
Iván S. Turguénev



Lavretski, el héroe de esta novela, la segunda de Turguénev, uno de sus mayores éxitos y la que quizá incorpore más rasgos autobiográficos, ha tenido una educación singular: su padre, un noble terrateniente que se fugó y casó con una sirvienta, y luego la dejó en Rusia para vivir «la vida alegre» de Europa, quiso hacer de él «no solo un hombre, sino un espartano». Vestido a la escocesa, despertado con jarros de agua fría a las cuatro de la mañana y aleccionado con principios voltaireanos, el muchacho no acababa de entender cómo se conciliaba todo eso con el desprecio por la tierra y la vida de los campesinos. Ya mayor, y después de una «boda por amor» y del correspondiente periplo europeo, vuelve a Rusia cabizbajo, separado de su mujer (que le engañaba) y expuesto al ridículo, pero con la firme convicción de emprender reformas y cuidar la tierra. Sin embargo, la «sed de felicidad» se interpone en sus buenos propósitos como una maldición implacable: Liza, la joven hija de una prima suya, despierta en él sensaciones que creía perdidas y...

Nido de nobles (1859) es una hermosa y melancólica novela sobre la persistencia del deseo, testimonio de una generación perdida en la Rusia del momento, una generación que solo podía levantarse «en medio de la oscuridad».

Nota preliminar

Nido de nobles, segunda novela de Iván S. Turguénev (1818-1883), es, según sus propias palabras, una de las obras que más éxito y alegrías le procuró en toda su carrera literaria.

La concibió en 1856 y trabajó en ella hasta 1859, año en que salió publicada en la revista literaria *El Contemporáneo* (Sovreménnik). La repercusión entre los lectores fue tal que todos los ejemplares de la revista se agotaron rápidamente y se revendieron a precios desorbitados.

El título de esta novela no fue escogido por Turguénev, sino por su editor. Esto se lo comunica el escritor a su traductor inglés en una carta de 8 de diciembre de 1868. De hecho, en Inglaterra esta novela fue titulada *Liza*, algo que Turguénev consideró muy acertado.

La expresión «nido de nobles», que el autor ruso emplearía en más de una ocasión, se refiere a una casa, un núcleo aristocrático que se ha ido transmitiendo de generación en generación. Estos «nidos de nobles», que normalmente estaban formados por una hacienda en el campo y por una aldea que era parte de la propiedad, estaban condenados a desaparecer: bien por una pésima administración que acabaría en su ruina, bien por la liberación de los siervos, que en Rusia se produjo en 1861.

Nido de nobles se caracteriza por su prosa lírica, amorosa, llena de plasticidad y musicalidad, de estampas nostálgicas y bucólicas. Asimismo, se nos presenta un elenco de

personajes trazados con perspicacia e ingenio, con los que el autor se muestra muy mordaz. A diferencia de otras novelas como *Padres e hijos* o *Humo*, aquí lo político o social ocupa un lugar secundario, algo que de todos modos encontraremos en el enfrentamiento ideológico entre Lavretski y Panshin, o en el acalorado duelo dialéctico entre Lavretski y Mijalévich.

La naturaleza tiene un papel primordial en la obra de Turguénev. No se trata de un mero elemento decorativo, sino de un personaje principal. En su modo de dibujar el campo, los bosques y jardines, con sus aromas y tonalidades, el autor ruso despliega todo su temperamento romántico, a pesar de pertenecer a la corriente realista.

En cuanto a los dos protagonistas de *Nido de nobles*, Lavretski se puede encuadrar perfectamente en el «hombre superfluo» (término acuñado por el propio Turguénev), ese arquetipo constante de la literatura rusa decimonónica: un hombre con buenas intenciones y grandes ideales incapaz de llevarlas a la práctica, y que por ello se siente inútil ante la sociedad. Lavretski y Turguénev comparten numerosos elementos biográficos: su pertenencia a una antigua estirpe de la nobleza, una infancia desdichada que le marcará para siempre, una educación distorsionada, una madre autoritaria encarnada en la novela por la tía Glafira, y viajes entre Rusia y Europa que le crean una sensación permanente de desarraigo, de no pertenecer a ningún lugar. Incluso la sentencia que Glafira lanza a Lavretski parece perseguir a Turguénev hasta el día de su muerte: «Tampoco tú harás tu nido en ninguna parte y andarás errante toda la vida. Te acordarás de mis palabras» (XV).

Elizaveta Kalítina (Liza) encarna ese prototipo de personaje femenino de Turguénev que en la literatura rusa se conoce, precisamente, como la «muchacha turgueneviana», y que desciende directamente de la Tatiana de Pushkin. Es introvertida, sensible, idealista, bondadosa, pura, de gran fuerza moral y por lo común ha crecido en una hacienda ru-

ral. Hay, sin embargo, algo insólito en Liza, que la distingue del resto de las «muchachas turguenevianas»: su profunda religiosidad. Precisamente, fue este carácter religioso y abnegado lo que más tuvo que trabajar el autor durante la escritura de la novela. Una vez concluida, organizó una lectura a la que invitó a varios literatos. Tras escucharla, su amigo y crítico literario Pável Ánnenkov opinó que el personaje de Liza resultaba desdibujado e incompleto porque no se entendía de dónde procedía su fuerte religiosidad. Turguénev decidió entonces añadir un capítulo más —el XXXV, que no encontramos en el autógrafo— y lo dedicó a la infancia y formación de Liza. En éste, incorporó el personaje de Agafia, la piadosa niñera que le inculca su amor a Dios.

Como curiosidad, recordemos que Iván Goncharov, autor de *Oblómov*, acusó a Turguénev de plagio tras la lectura de *Nido de nobles*. Consideró que éste había extraído ciertos motivos y personajes (entre ellos, la propia Liza) de su novela *El precipicio*, cuyo esquema le había leído con anterioridad. Turguénev eliminó entonces algún detalle de la novela, pero, como Goncharov seguía acusándole, el autor de *Nido de nobles* requirió la intervención de un tribunal arbitral formado por varios hombres de letras. El asunto quedó en nada, pero a partir de entonces se rompió la relación de amistad entre ambos escritores.

Hemos creído necesario ofrecer esta nueva traducción de *Nido de nobles* ya que a pesar de tratarse de una de las obras más importantes de Turguénev, lleva décadas sin publicarse en nuestro país, y la última versión al castellano que conocemos cuenta con casi medio siglo. Con ello, esperamos que el lector descubra esta joya de la literatura rusa, con sus páginas impregnadas de nostalgia por la juventud perdida, de tristeza por el amor imposible y de un lirismo que nos traslada a ese mundo sosegado, apacible y armonioso del campo ruso, a ese mundo de la nobleza rural que pocos autores han sabido plasmar con tanta exquisitez como Turguénev.

La presente traducción se ha realizado a partir del séptimo volumen de las *Obras completas y cartas en veintiocho volúmenes* [Pólnoie sobranie sochinenia i písém v dvadtsátí vosmí tomaj] de Iván Serguéievich Turguénev (editorial Nauka, Moscú-Leningrado, 1964).

JOAQUÍN FERNÁNDEZ-VALDÉS

I

El día radiante de primavera daba paso al atardecer; en lo alto del cielo luminoso pequeñas nubes rosadas, más que pasar flotando, parecían perderse en la profundidad azul.

Ante la ventana abierta de una bonita casa, en una calle periférica de la capital de la provincia de O.^[1] (la acción transcurre en 1842), había dos mujeres sentadas: una señora de unos cincuenta años y una vieja dama de unos setenta.

La primera se llamaba Maria Dmítrevna Kalítina. Su marido —antiguo procurador de la provincia, conocido hombre de negocios en su tiempo, de carácter enérgico y decidido, colérico y obstinado— había muerto hacía diez años. Había recibido una buena educación y estudiado en la universidad, pero al ser de procedencia humilde, pronto comprendió la necesidad de abrirse camino y hacer fortuna. Maria Dmítrevna se casó con él por amor: era bastante atractivo, listo y, cuando quería, muy amable. Maria Dmítrevna (de soltera Pestova) quedó huérfana en su más tierna infancia, pasó varios años en un pensionado de Moscú y, al regresar de allí, se instaló en Pokróvskoie, la aldea que pertenecía a su familia, a cincuenta verstas de O., con su tía y con su hermano mayor. Éste pronto se trasladó a Moscú para servir como funcionario y trató despóticamente a su tía y a su hermana hasta el momento de su muerte repentina, que puso fin a aquella penosa situación. Maria Dmítrevna heredó Pokróvskoie, pero no vivió mucho tiempo allí: al segundo año

de haberse casado con Kalitin, que en pocos días había logrado conquistar su corazón, Pokróvskoie fue intercambiado por otra hacienda mucho más rentable, pero nada bonita y desprovista de casa señorial; asimismo, Kalitin compró una casa en la ciudad de O., donde se instaló con su mujer a vivir definitivamente. La casa tenía un gran jardín; uno de sus lados daba directamente al campo, fuera de la ciudad. Kalitin, nada amante de la tranquilidad de la vida campesina, había decidido: «Así no tendremos que ir yendo y viniendo del campo». Maria Dmítrevna más de una vez añoró en su corazón su querido Pokróvskoie, con su alegre riachuelo, sus anchos prados y verdes boscajes; pero jamás contradecía a su marido y reverenciaba su inteligencia y conocimiento del mundo. Y cuando él murió tras un matrimonio de quince años, dejándole un hijo y dos hijas, Maria Dmítrevna se había acostumbrado de tal modo a su casa y a la vida en la ciudad, que ya no quiso marcharse de O.

En su juventud Maria Dmítrevna había sido considerada una rubia con cierta gracia, y a los cincuenta años sus rasgos mantenían su encanto, aunque se habían abultado un poco y desdibujado. Era más sensible que buena, y a su edad madura conservaba aún sus costumbres de colegiala: era caprichosa, se irritaba con facilidad y rompía a llorar si alguien contrariaba sus hábitos. No obstante, era muy cariñosa y amable cuando se cumplían todos sus deseos y nadie la contradecía. Su casa se contaba entre las más agradables de la ciudad. Poseía una fortuna considerable que procedía no tanto de su herencia como de las ganancias de su marido. Sus dos hijas vivían con ella, mientras que el hijo estudiaba en una de las mejores instituciones de San Petersburgo.

La vieja dama sentada junto a Maria Dmítrevna frente a la ventana era esa misma tía, hermana de su padre, con la que había compartido algunos años de vida solitaria en Pokróvskoie. Se llamaba Marfa Timoféievna Pestova. Tenía fama de ser extravagante, poseía un carácter independiente,

soltaba a todo el mundo las verdades a la cara y, aunque disponía de unos recursos muy escasos, se administraba de tal modo que parecía que tuviera una fortuna. No soportaba al difunto Kalitin y, en cuanto su sobrina se casó con él, se retiró a su pequeña aldea, donde vivió diez años enteros en una casa de campesinos: una isba sin chimenea. Maria Dmítrevna le tenía un poco de miedo. De cabello negro y ojos vivos incluso en su vejez, menuda y de nariz afilada, Marfa Timoféievna caminaba con vivacidad, seguía yendo erguida y hablaba de un modo rápido y claro, con vocecita fina y sonora. Llevaba siempre una cofia blanca y una blusa también blanca.

—¿Qué te pasa? —le preguntó de repente a Maria Dmítrevna—. ¿Por qué suspiras, hija mía?

—Por nada —dijo su sobrina—. ¡Qué nubes tan maravillosas!

—¿Es que sientes lástima por ellas?

Maria Dmítrevna no respondió.

—¿Y Guedeónovski? ¿Cómo es que no viene? —dijo Marfa Timoféievna, moviendo ágilmente las agujas de coser (estaba tejiendo una bufanda grande de lana)—. Podría suspirar contigo o soltar alguna mentira.

—¡Qué dura es usted siempre con él! Serguéi Petróvich es un hombre respetable.

—¡Respetable! —repitió en tono de reproche la vieja dama.

—Y ¡qué leal era a mi difunto marido! —dijo Maria Dmítrevna—. Incluso ahora no puede recordarlo sin emocionarse.

—¡Por supuesto! Porque lo agarró por las orejas y lo sacó del fango —gruñó Marfa Timoféievna, e hizo mover las agujas entre sus manos aún con más rapidez—. Parece un mojigato —continuó diciendo—, con el cabello todo cano, pero es abrir la boca y soltar alguna mentira o algún chisme. ¡Y eso que es consejero de Estado! Pero qué se puede esperar del hijo de un pope...

—¿Quién está libre de pecado, tía? Es cierto, tiene ese defecto: Serguéi Petróvich no recibió una buena educación y no habla francés; pero reconozca que es un hombre agradable.

—Sí, no deja de besuquearte las manos. ¿No habla francés? Pues ¡vaya una desgracia! A mí misma no se me da demasiado bien el «dialecto» francés. Lo mejor sería que él no hablara ningún idioma, así no podría mentir. Helo aquí, hablando del rey de Roma... —añadió Marfa Timoféievna tras mirar por la ventana—. Ahí va tu hombre agradable. Pero ¡qué largo es, parece una cigüeña!

Maria Dmítrevna se arregló los rizos y Marfa Timoféievna la miró con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué es lo que veo, hija mía? ¿Una cana? Deberías regañar a Palashka, ¿en qué estará pensando?

—¡Ah, tía, usted siempre...! —farfulló irritada Maria Dmítrevna y empezó a repicar con los dedos en el brazo de su poltrona.

—¡Serguéi Petróvich Guedeónovski! —anunció con voz fina un joven criado de mejillas coloradas y vestido de cosaco que apareció por la puerta.

II

Entró un hombre alto que vestía una levita aseada, pantalones un poco cortos, guantes grises de gamuza y dos corbatas: una negra —encima— y otra blanca —debajo—. Todo en él desprendía decoro y decencia, empezando por el rostro venerable y los mechones bien peinados sobre las sienes, y terminando por las botas sin tacones y que no crujían al caminar. Primero hizo una reverencia a la dueña de la casa, después a Marfa Timoféievna y, quitándose lentamente los guantes, se acercó a la mano de Maria Dmítrevna. Tras besársela respetuosamente dos veces seguidas, tomó asiento en un sillón sin apresurarse y, con una sonrisa, frotándose las puntas de los dedos, pronunció:

—Y Elizaveta Mijáilovna, ¿está bien?

—Sí —respondió Maria Dmítrevna—, está en el jardín.

—¿Y Elena Mijáilovna?

—Lénochka^[2] también está en el jardín. ¿No trae ninguna novedad?

—¡Cómo no, señora; cómo no! —replicó el huésped parpadeando lentamente y haciendo morritos—. ¡Hm...! Aquí tiene una noticia, y de lo más sorprendente: ha llegado Fiódor Iványch Lavretski.

—¡Fedia!^[3] —exclamó Marfa Timoféievna—. Pero ¿no te lo estarás inventando, amigo mío?

—En absoluto, señora: le he visto con mis propios ojos.

—Eso no es ninguna prueba.

—Está más rollizo —continuó Guedeónovski, fingiendo que no había oído las réplicas de Marfa Timoféievna—. Está aún más ancho de espaldas y con las mejillas bien sonrosadas.

—¿Está más rollizo? —pronunció pausadamente Maria Dmítrevna—. Y ¿qué motivos tiene para estarlo?

—Cierto es, señora —dijo Guedeónovski—; otro en su lugar sentiría vergüenza de mostrarse en sociedad.

—Y eso ¿por qué? —le interrumpió Marfa Timoféievna—. ¿Qué disparate es ése? Un hombre bien puede volver a su patria, ¿dónde quiere que se meta? ¿Como si él tuviera culpa de algo!

—Me atrevo a decirle, señora, que un marido es siempre culpable del comportamiento de su mujer.

—Esto, amigo, lo dices porque nunca te has casado.

Guedeónovski esbozó una sonrisa forzada.

—Permítame la curiosidad —dijo tras un breve silencio—: ¿para quién es esta encantadora bufanda?

Marfa Timoféievna le echó una mirada rápida.

—Pues para quien no chismorree nunca, no ande con astucias ni invente cosas, si es que en el mundo existe alguien así —replicó ella—. Conozco bien a Fedia, y de lo único de lo que es culpable es de haber consentido demasiado a su mujer. Y también de haberse casado por amor: de estas bodas por amor nunca sale nada bueno —añadió la vieja dama mirando de reojo a Maria Dmítrevna y levantándose—. Y ahora, amigo mío, clávale los dientes a quien te plazca, incluso a mí. Me voy, no quiero molestar.

Y Marfa Timoféievna se marchó.

—Siempre será la misma —dijo Maria Dmítrevna acompañando a su tía con la mirada—. ¡Siempre!

—Es la edad, ¿qué le vamos a hacer, señora? —apuntó Guedeónovski—. Ha hablado de «astucias», pero ¿quién no anda con astucias hoy en día? Así es el tiempo que nos ha tocado vivir. Tengo un amigo de lo más respetable (y, dicho sea de paso, con un rango nada desdeñable) que decía

que hoy en día hasta las gallinas se acercan a comer grano con astucia: de lado, como si disimularan. En cuanto a usted, señora, siempre que la veo me doy cuenta de que es un verdadero ángel; permítame besar su encantadora mano, tan blanca como la nieve.

Maria Dmítrevna sonrió ligeramente y alargó a Guedeónovski su mano regordeta con el dedo meñique algo estirado. Él acercó sus labios, ella aproximó ligeramente su poltrona e, inclinándose un poco, preguntó a media voz:

—¿Entonces le ha visto? ¿Es cierto que tiene buen aspecto, que está más rollizo y se le ve contento?

—Contento y con buen aspecto, señora —susurró Guedeónovski.

—Y ¿no sabrá usted dónde se encuentra su mujer ahora?

—En los últimos tiempos ha estado en París, señora; dicen que ahora se ha mudado a Italia.

—Verdaderamente, la situación de Fedia es terrible, no sé cómo lo puede soportar. A todo el mundo le ocurren desgracias, pero se podría decir que su caso se ha proclamado por toda Europa.

Guedeónovski suspiró.

—Cierto, señora; cierto. Según cuentan, ella frecuentaba a artistas, pianistas, y, como dicen allí, a leones y fieras. Ha perdido completamente la vergüenza.

—Qué cosa más triste —dijo Maria Dmítrevna—; porque usted sabe, Serguéi Petróvich, que él y yo somos parientes: es sobrino segundo mío.

—Por supuesto, señora, por supuesto: ¿cómo no voy a saber todo lo que concierne a su familia?

—¿Cree usted que vendrá a visitarnos?

—Es de suponer, señora; dicen por ahí que tiene intención de instalarse en su hacienda.

Maria Dmítrevna alzó la mirada al cielo.

—¡Ah, Serguéi Petróvich, cuando pienso con qué cuidado nos tenemos que comportar las mujeres!

—Hay mujeres y mujeres, Maria Dmítrevna. Por desgracia, hay algunas de carácter ligero... Y también está la edad. Además, no a todas se les ha inculcado unos principios sólidos desde la infancia.

Serguéi Petróvich sacó del bolsillo un pañuelo de cuadros azules y empezó a desdoblarlo.

—Por supuesto, hay mujeres así. —Serguéi Petróvich se llevó las puntas del pañuelo a los ojos, una tras otra—: Pero en general, a juzgar por... Es decir... ¡Cuánto polvo hay en la ciudad! —concluyó.

—¡Maman, maman! —gritó una graciosa niña de unos once años que entró corriendo—. ¡Vladímir Nikolaich viene montando a caballo!

Maria Dmítrevna se levantó; Serguéi Petróvich también se puso en pie y saludó.

—Mi respeto más profundo, Elena Mijáilovna —dijo y, retirándose a un rincón para cumplir con el decoro, se puso a sonar su larga y recta nariz.

—¡Qué caballo tan maravilloso tiene! —continuó diciendo la niña—. Ahora estaba en la puerta del jardín y nos ha dicho a Liza y a mí que se acercaría con el caballo al porche.

Se oyó un ruido de cascos y apareció en la calle un atractivo jinete montado en un hermoso caballo bayo, que se detuvo frente a la ventana abierta.

III

—¡Buenos días, Maria Dmítrevna! —exclamó el jinete con voz sonora y agradable—. ¿Qué le parece mi nueva adquisición?

Maria Dmítrevna se acercó a la ventana.

—¡Buenos días, Woldemar^[4]! ¡Ah, un caballo magnífico! ¿A quién se lo ha comprado?

—A un oficial de remonta. Me lo ha cobrado caro, el muy golfo.

—¿Cómo se llama?

—Orland. Es un nombre estúpido, quiero cambiárselo... *Eh bien, eh bien, mon garçon...* ¡Qué nervioso eres!

El caballo bufó, piafó y agitó su nariz cubierta de espuma.

—Lénochka, acarícielo, no tenga miedo...

La niña alargó la mano por la ventana, pero de pronto Orland se encabritó y se apartó de costado. El jinete no se alteró, apretó al caballo fuerte con las piernas, le dio un fustazo en el cuello y, venciendo su resistencia, lo obligó a colocarse de nuevo frente a la ventana.

—*Prenez garde, prenez garde*^[5] —dijo Maria Dmítrevna.

—Lénochka, acarícielo —objetó el jinete—; no voy a permitir que haga lo que le plazca.

La niña volvió a alagar la mano y tocó con temor la nariz temblorosa de Orland, que se estremecía sin cesar y roía el bocado.